

Misa en un altar que levantó en la misma cámara. Asistían á ella todos sus compañeros y también las Hermanas desde su departamento, para lo cual se abrían las puertas que formaban la línea divisoria.

Tanto las Hermanas como los Misioneros recibían en la Misa de manos de nuestro Padre el pan eucarístico, á excepción de uno de los sacerdotes, que por turno se reservaban para decir la segunda Misa, la cual oían también los demás en acción de gracias. Terminadas estas primeras devociones, cada uno se ocupaba en lo que creía conveniente hasta las ocho y media, en que tomaban el té sobre cubierta. A las nueve se juntaban á rezar en común Horas menores, después de las cuales tenían conferencia de Teología moral hasta las diez, que era la hora de tomar el almuerzo. Seguía luego el descanso y el estudio hasta las dos y media, en que rezaban Vísperas y Completas, tras de las cuales leían un capítulo del Evangelio y luego rezaban Maitines y Laudés para el día siguiente. A continuación tenían otra conferencia de Rúbricas, que duraba hasta las cuatro y media ó hasta las cinco, en que se les daba la comida. A las seis y media rezaban el Rosario sobre cubierta, al que asistía toda la tripulación; lo dirigía siempre el Sr. Arzobispo, y al fin de él cantaban el *Santo Dios* y algunas coplillas del Rosario con acompañamiento de acordeón. A las siete y cuarto, después de tomar el té, tenían una conferencia de Ascética y lectura espiritual por Rodríguez. A las ocho y cuarto hacían el ejercicio de la noche, consistente en una corona de antifonas en honor de la santísima Virgen, visitaban luego en espíritu al santísimo Sacramento y á la celestial Señora, y terminaban con el ejercicio del cristiano, el examen general del día y la lectura de los puntos de la meditación para el día siguiente. Todo esto solía acabar como á las nueve de la noche, y entonces era cada uno libre de retirarse á descansar ó de quedarse sobre cubierta hasta las diez, en que todos se recogían á sus camarotes. Este plan de vida, que más parece de religiosos que de sacerdotes seculares, siguieron poco más ó menos durante su larga travesía; en los días festivos la segunda Misa no se decía hasta las ocho, para que pudiera asistir á ella toda la tripulación, y por la tarde uno de los Misioneros hacía un sermón á todos los viajeros, en cuyo ejercicio solían alternar todos, empezando por el mismo Siervo de

Dios, continuando por el Provisor y siguiendo así por los demás.

“El P. Claret, — escribía el P. Currius en sus notas, — es la alegría y la felicidad de todos,; en su compañía y gozando de su afable conversación, las horas se les hacían cortas y los días parecía que volaban. Más de quince días tardaron en llegar al estrecho de Gibraltar, y, sin embargo, todos seguían alegres, sin dar señal alguna de fastidio y disfrutando de una paz envidiable. Aquí el Señor parece que quiso poner á prueba su confianza. Era el día 14 de Enero, cuando de repente se levantó una furiosa tempestad de lluvias y de vientos que puso en peligro la nave. Guareciéronse, en unión con otros buques, bajo el célebre peñón de aquella bahía. Por la noche arreció tanto el viento y creció tanto la mar, que sus olas salpicaban por dentro la corbeta; bajaron todas las velas, menos gabia y trinquete; pero no calmó con esto la tormenta. De nueve á doce el temporal fué terrible. El buque era juguete de las olas, las cuales, no obstante, se estrellaban contra él como si dieran contra una firme roca; pero no se pudo evitar el que algunas, que como montañas hirvientes le acometieron con furia, penetrasen hasta en la cámara de proa. En tan crítica situación el capitán, hombre práctico y en los peligros sereno, hizo largar la vela cangreja en el palo de popa, consiguiendo lo cual con mucho trabajo, disminuyó algún tanto el balanceo del buque y pudo gobernarse un poco para salir fuera y hasta ponerse casi frente al Estrecho, lo cual hizo el diestro piloto para evitar que los rudos y repetidos golpes de las olas estrellaran el barco contra el peñón ó lo hicieran encallar cerca de la costa. El horrible silbido del viento, junto con el mugido de las olas que hacían bambolear el buque y se rompían contra él en todas direcciones, y todo ello en medio de las tinieblas de una noche espesa y sombría, formaba un espantoso cuadro que llenaba de terror principalmente á las pobres Hermanas; pero el P. Claret nada temía, porque sabía muy bien que le acompañaba la protección del Señor, el cual ordenó aquella terrible borrasca para el bien espiritual de sus escogidos, porque á la mañana siguiente, viendo el capitán que seguía la tormenta, tomó otra vez el rumbo de Málaga que había ya dejado atrás y dista del estrecho de Gibraltar como unas veinte leguas, á cuyo puerto llegaron poco más del mediodía.



Apenas desembarcados, el Sr. Arzobispo, con los suyos, fueron, formados en procesión, á visitar al Excmo. Sr. Obispo de la diócesis, que era ya Arzobispo electo de Granada, el cual los recibió con mucha afabilidad y cariño, y á pesar de sus muchos años se agregó inmediatamente á la procesión y por sí mismo acompañó á nuestro Padre y á sus Misioneros á la Santa Iglesia Catedral, que es de arquitectura moderna y de buen gusto, y á todas las iglesias y conventos de monjas. En éstos entraban solos los dos Prelados, y el Siervo de Dios dirigió en todos ellos á las Hermanas algunas palabras de edificación y de aliento para estimularlas á la observancia de sus respectivas Reglas y á orar con fervor por las necesidades de la Iglesia y por la conversión de los pobres pecadores. Terminada la visita regresaron á palacio, en donde el señor Obispo de Málaga quiso tenerle como huésped hasta que llegara la hora del reembarco. Quedóse con él su Secretario el Padre Vilaró, y los demás se fueron á comer y descansar en el buque. Por la noche fueron todos, incluso el Siervo de Dios, á oír el sermón que el célebre capuchino Fray Félix de Cádiz predicaba en la iglesia de Santo Domingo.

Aunque tenemos varias relaciones del fruto que nuestro Padre hizo en los cuatro días que estuvo en Málaga, hechas por testigos oculares, preferimos dar cuenta de él á nuestros lectores en los términos humildes y modestos del mismo Siervo de Dios, el cual, en carta que escribió desde Canarias al señor Obispo de Vich, dice así: "Ya sabrá Ud. como el día 28 salimos de Barcelona. A excepción de un día, siempre tuvimos ó calma ó vientos contrarios, de manera que, estando ya dentro del estrecho de Gibraltar, nos vimos forzados á retroceder al puerto de Málaga, so pena de perderse el buque, como se perdieron otros en aquella bahía. Estuvimos en Málaga desde el miércoles al domingo; la venida á esta ciudad creo que fué una singular disposición de Dios para el bien de ella, lo cual no pude menos de decírselo en un sermón, esto es, que el Señor me había llevado allá como llevó al profeta Habacuc á Daniel, que estaba en el lago de los leones. Cabalmente hacía cuatro días que habían empezado una Misión cuatro religiosos capuchinos; así que mi arribo vino muy oportunamente. Fuí muy bien recibido del Sr. Obispo; viniéronme á visitar las autoridades, y todos, con el Sr. Obispo y los canónigos, me

suplicaron que les predicara; la gente de la ciudad se reunió en la Catedral con grande orden y devoción; prediqué también en otros varios puntos. Durante los cuatro días que allí estuve me parece que hice unos quince sermones. Los malagueños han quedado muy contentos de mí, y yo de ellos. ¡Qué cosecha tan grande se me presentó!

"A las cinco de la mañana del domingo salí del Palacio para embarcarme: el Sr. Obispo, á pesar de ser tan viejecito, me vino á acompañar hasta la barca destinada por las autoridades de la ciudad, que era la barca de cristales, y ellas me llevaron á bordo hasta el buque. Desde que salimos de Málaga parece que volamos: todos los días hemos hecho á lo menos cincuenta leguas de camino. Estamos en la tarde del 23, y nos hallamos frente á Canarias (1). "

Hallándose en este puerto deseó saludar el Siervo de Dios á sus amadísimos isleños, que ya le estaban aguardando; pero tan borrascosa estuvo allí la mar que no fué posible arrimarse para saltar á tierra, lo cual fué de gran sentimiento para entrambas partes. Sin embargo, un bergantín que se hallaba descargando en la ciudad de Las Palmas, por la mucha marea se vió forzado á salir al mar, y pasando cerca de la *Teresa Cubana*, la tripulación reconoció en seguida al Siervo de Dios, y con grande afecto y cariño comenzó á gritar: ¡Padrecito! ¡Padrecito! Por medio de unas botellas herméticamente cerradas pudieron los Misioneros hacer llegar hasta el bergantín algunas cartas, dirigidas unas al obispo Sr. Codina y otras para la Península. Entre éstas figuraba la que antes hemos copiado del P. Claret. Desde Canarias hasta Cuba el viaje fué felicísimo, sin contratiempo de ninguna especie.

El alegre P. Currius, á quien mucho apreciaba nuestro Padre por el levantado espíritu que tenía, recreaba á sus compañeros con las poéticas descripciones que hacía del gran Océano, que rápidos surcaban. "¡Qué grandioso,—exclamaba,—es el Océano! El aire agitando su superficie lleva las olas de un lado á otro formando montes movedizos que ahora se elevan, ahora se hunden, trocando en valles lo que antes eran montañas. El barco rasga las aguas que, cediendo á la violencia, saltan, suben y se deshacen en plateada espuma, y estré-

(1) Carta del P. Claret del 23 de Enero de 1851.



llanse las olas contra los lados del buque, formando mil juegos caprichosos. Parece que sienten, conocen y nos dan la bienvenida voceando, danzando y jugueteando para alegrarnos y entretenernos. Unas se cruzan y cortan el paso á las que vienen, otras se juntan y saltan á la vez moviendo sus cabezas, que llevan adornadas como con blanquísimos plumajes, otras inclinan su cerviz y dejan que pasemos por encima para mecernos como niños en la cuna. Algunas, con aire siniestro, vienen como amenazando asaltar el buque y anegararlo, pero en llegando cerca se abren de parte á parte y siempre nos dejan el paso libre, aunque bulla y hierva su hinchado pecho. Por todo el horizonte, verde como los prados, se ven aquí y allí olas convertidas en espuma que parecen rebaños de ovejas que pacen á su gusto en un campo sin término.„

En estas ocasiones, cuando más entusiasmado estaba el buen Padre en la contemplación de tan sublimes bellezas, se le acercaba á veces el Siervo de Dios y con su conversación le levantaba el espíritu á mayores alturas. „¡Qué variado es el mar!—exclamaba D. Paladio.— Admirables son sus olas y su espuma, su bullir y su gritar, sus montañas y sus valles,„ y el P. Claret añadía: „*Mirabiles elationes maris*; y ¿quién le comunica esa variedad, esa vida y movimiento? El que habita en las alturas y desde allí nos llena de asombro y admiración.„ Y luego los dos, como en coro, proseguían: „Seguid, ondas admirables, bendecid y alabad al Señor con vuestro bullir y vuestros saltos de alegría.„

Otras veces el buen D. Paladio se solazaba contemplando el mar en la puesta del sol, cuando este astro luminoso parecía sumergirse en un horno de fuego y coloreaba de purísimo carmín las nubecillas y convertía en ascuas de oro las lejanas crestas de los montes que se divisaban en la costa. Y cuando más absorto estaba gozando de aquel pintoresco espectáculo, dábale el Siervo de Dios una ligera palmada en el hombro y le decía: „¡Qué lindo, rico y hermoso ha de ser el cielo, cuando en la tierra así se descubre la sabiduría de Dios!„

Al llegar al golfo de las Damas comenzó nuestro Padre una Misión sobre cubierta para todos los pasajeros y marinos, la cual dió con tal fervor que no quedó ni un pasajero, ni un tripulante, desde el capitán al último grumete, que no hiciese confesión, general los más de ellos, durante la travesía, y que

no recibiese la sagrada Comunión; y fué de notar, añade el P. Lobo, que casi todos se confesaron con el Sr. Claret (1). El más rehacio lo verificó la víspera de desembarcar en Cuba, y ¡singular coincidencia y misericordia adorable y providencial del Señor!, á los tres días murió de un ataque fulminante de vómito. El 13 de Febrero hallábanse ya frente del cabo Francés, al Norte de la Isla de Santo Domingo, y se encontraron con el bergantín catalán llamado *Pepito*, el cual hizo al nuevo Arzobispo una salva real de tres cañonazos. El 15 por la mañana, estando todos sobre cubierta, divisaron el cabo ó punta Mayri, de la Isla de Cuba, y lleno el corazón de regocijo entonó el Siervo de Dios el *Tedéum*, que la tripulación entera prosiguió con indescriptible entusiasmo, y tras él dirigieron, en acción de gracias, á la Estrella de los mares aquel himno hermoso y cántico suave, espirante filial ternura y confianza, por el que saludamos á la Virgen con el gráfico título de Reina y Madre de misericordia. Al día siguiente amanecieron á tres ó cuatro leguas del puerto de Santiago, término del codiciado viaje. En este día excepcional se levantaron media hora antes para alabar al Señor, y después de la meditación y de las preces acostumbradas, su Excelencia celebró la santa Misa, la que oyeron todos los que iban en el buque, y en la que comulgaron los sacerdotes, las Hermanas de la Caridad y algunos seglares. A las diez se levantó una brisa suave que refrescó el ambiente. A las once y media, estando cerca de la entrada del puerto, se presentó á recibirlos el práctico y el comandante del Morro (2) con varios catalanes vecindados en Cuba, entre los cuales se hallaba el más joven de los célebres *Milans del Bosch*. A las doce y cuarto entraban ya en la magnífica bahía, formada casi enteramente por las manos del soberano Artífice á manera de un extenso canal, que serpentea entre montañas de roca firme, cubiertas con el verde y caprichoso manto de sus variadas producciones. Una gruta, que el agua socavando ha abierto al pie del castillo, llama á la entrada la atención del viajero. A la derecha un brazo de agua, formando puerto, se pierde entre las breñas como en un laberinto. Más

(1) Carta del P. Lobo, del 28 de Enero de 1880.

(2) Llámase *Morro* por el ribacito ó peñón que se eleva al Este de la entrada, y sobre el cual está la farola, el telégrafo y el castillo que defiende la bahía.



adentro, el canal se ensancha y se divide en distintas direcciones que, tornándose á juntar, dejan en medio algunas islas. Entre éstas, y en la parte más céntrica, álzase el islote que contiene el polvorín. Por la izquierda, al noroeste, arranca el ferrocarril del Cobre, y en esta parte entran los buques que conducen el mineral á Europa.

En lo más hondo de la bahía se distingue el muelle con anchos, largos y elevados puentes de madera, que sirven para cargar y descargar los buques. A su lado se extiende la población sobre la falda de un pintoresco montecillo, de manera que el conjunto ofrece uno de los paisajes más hermosos que pueden contemplarse en la Naturaleza al lado de la morada del hombre.

Cuando la *Teresa Cubana* fondeó en el puerto hizo una salva de cinco cañonazos, y los navegantes entonaron un cántico á María. El recibimiento fué sobremanera entusiasta. Los buques anclados en la bahía estaban todos empavesados con sus respectivas banderas. Un inmenso gentío llenaba los espacios del anchuroso muelle, y los vivas repetidos que daba á su Prelado, al santo Misionero, hendían los aires y retumbaban en el seno de la mar. Antes de llegar al desembarcadero salieron á bordo á cumplimentar al Siervo de Dios el ayudante del General, el Comandante de marina, el Capitán del puerto, el Gobernador eclesiástico, la mitad del Cabildo y el clero parroquial. La otra mitad del Cabildo no pudo salir por hallarse en el santuario del Cobre haciendo rogativas para que no tocara á Santiago el cólera, que estaba ya á treinta leguas de la población. Poco antes de desembarcar había el Padre Claret terminado el rezo del Oficio divino, y como era el sábado de Septuagésima, en que se suspenden las Aleluyas hasta la Pascua, exclamó al terminar: "¡El último Aleluya!", dando á entender que se acababa la tranquilidad que habían tenido en el viaje, y que desde aquel punto iba á empezar para él en Cuba una pesada cruz que le daría muchos disgustos y le haría probar las amarguras de la pasión. Correspondió, no obstante, sonriente á las demostraciones de amor y júbilo que le hicieron los cubanos á su llegada. La población entera de Santiago se agrupaba á su alrededor para verle y besarle el anillo, las casas de la ciudad se ostentaban engalanadas con innumerables banderas, el alegre repique de las campanas de

todas las iglesias regocijaba el corazón, y por todos conceptos fué aquél un día de regocijo público como en las mayores solemnidades.

Desprendido como pudo de la afectuosa muchedumbre que por todos lados con muestras de cariño le asediaba, subió con Usera, gobernador eclesiástico, en el quitrín del General, y tras él, en otros carruajes, se colocaron sus compañeros. De este modo, y formando una larga cadena de coches por las muchas personas principales que quisieron formar parte del acompañamiento, se dirigió el P. Claret á casa del general, D. José Machrón, de quien fué recibido muy cortesmente, y luego continuaron la marcha hasta la Iglesia Catedral, que estaba ya cuajada de gente. Aquí hizo su Excelencia un rato de oración, y en seguida, con cruzalzada, se retiró á su Palacio arzobispal, adonde le siguieron todo el clero y algunas otras personas principales. Hasta muy entrada la noche no pudo librarse de recibir las muchas visitas que le hicieron las personas más caracterizadas de Santiago, las cuales quedaron prendadas de la amable sencillez del nuevo Arzobispo.

Aunque muy fatigado con las fuertes y variadas impresiones de aquel día, no quiso descansar sin enterarse antes por sí mismo del estado del Seminario, que estaba contiguo al Palacio episcopal. Este, con la Iglesia Catedral y el palacio del General, son tres edificios situados en lo más alto de la ciudad y casi en medio de ella. Están á tiro de piedra uno de otro, y trazando con la imaginación una línea de uno á otro se formaría un triángulo, cuyo vértice correspondería á la Catedral, que es el punto más elevado, el lado derecho al palacio del General y el izquierdo al del Sr. Arzobispo. Este último edificio, aunque formaba un cuadrado de regulares dimensiones, como sólo tenía los bajos y un piso, era muy poco capaz, de suerte que los compañeros del Siervo de Dios tuvieron que dormir cinco en un cuarto, y aun así, tres de ellos hubieron de pasar la noche en el Seminario. El día siguiente, 17 de Febrero, hizo su entrada solemne en la ciudad, y el 18 tomó posesión de la Silla arzobispal, por medio de apoderado, que lo fué el canónigo penitenciario D. Jerónimo María Vera. A los quince días de su arribo fué el Siervo de Dios con todos los suyos á visitar y dar gracias á María santísima por la próspera navegación que les había concedido, en el rico san-



tuario del Cobre, que está como á cuatro leguas de la ciudad, en donde celebraron todos la santa Misa y cantaron un solemne Oficio, que dijo el señor vicario general, D. Juan Nepomuceno Lobo; el Sr. Arzobispo consagró su diócesis á la Madre de Dios y la puso bajo su especial protección, invocándola con el título á que más devoción tenía la Isla, y con esta ceremonia se dió por terminado todo lo concerniente á aquel felicísimo viaje, de tanta edificación para los pasajeros, de tanto interés para el bien moral y aun material de Cuba, y de tanta gloria para el Señor por los resultados que tuvo. Con esto damos también fin á este capítulo, para comenzar en el siguiente la narración de las nuevas empresas del Varón de Dios.



## CAPÍTULO II

### DE CÓMO ATENDIÓ AL DESEMPEÑO DE SUS DEBERES PASTORALES, MAYORMENTE EN LAS SANTAS VISITAS Y EN LAS MISIONES

1. Propósitos que hizo en el nuevo cargo.—Cuán presentes tenía los deberes del Prelado.—Cómo atendía al bien espiritual de sus familiares.—Su solicitud pastoral para con el clero.—2. Misiones en la capital de la diócesis.—Comunión general extraordinaria.—Correspondencia interesante.—Distribución de cargos.—Envía á sus compañeros á las Misiones.—3. Visita pastoral en Santiago, en el Caney y en el Cobre.—4. Pasa á visitar á Puerto Príncipe.—Estado de los ánimos en esta ciudad con motivo de la guerra.—Prudencia con que se portó.—Cómo contribuyó á la pacificación de Puerto Príncipe.—Intercede por los rebeldes arrepentidos.—Frutos de sus desvelos.—5. Misiones de sus compañeros y fruto de ellas.—Enfermedad del P. Currius y su convalecencia.—Misiones del P. Claret en Nuevitas, Mayá, San Miguel y San Jerónimo, y su vuelta á Puerto Príncipe.—Enfermedad gravísima del Padre Barjau.—El Siervo de Dios profetiza su curación.—Vuelve á Santiago.—6. Nuevas excursiones pastorales por su diócesis, y trabajos que en ellas pasó.—Escena encantadora.—El caballo perezoso.—Curación milagrosa.—Resueltos maravillosos de su celo pastoral.

1. Elevado es por muchos conceptos el estado sacerdotal, y seguramente que para desempeñar los ministerios que entraña con el decoro conveniente, menester es una virtud nada vulgar que sobresalga entre la de los demás fieles, como el sol entre las estrellas y aun más, pues que incomparablemente mayor es la dignidad sacerdotal, que distingue al ministro del Señor de los demás hombres, que la brillantez y hermosura del rey de los astros en comparación de las demás lumbreras que lucen en el firmamento. Pero si el simple sacerdote está por esta causa obligado á labrar en su alma más subidos quilates de virtud que los que puede tener el que sólo aspira á ser fervoroso cristiano, el que por la consagración episcopal ha llegado ya á la cumbre del sacerdocio ha de ser dechado y forma de toda virtud, conforme á la doctrina del Apóstol, el cual, en sus cartas á Timoteo y Tito, trazó con